



El costo del llamado

Dios envía embajadores,
no está buscando voluntarios

por José Lingo

El gran teólogo y misiólogo A.J. Gordon, en una serie de discursos que dio en el Seminario de la Iglesia Reformada en abril de 1892, hizo esta declaración: «Dios envía embajadores; no está buscando voluntarios para Su obra». Lo que me llamó tanto la atención de esa declaración es que nosotros parecemos tener una perspectiva pero proyectamos una idea totalmente opuesta a esa. Pareciera que nos inclinamos más a buscar voluntarios que esperar a que Dios ponga su mano sobre una persona, aun antes de haber nacido, y que proyecte a ese individuo a una misión que frecuentemente es costosa y difícil.

Mientras más consideré esa declaración, más me convencí que nos habíamos desviado del patrón bíblico con referencia al reclutamiento del personal misionero. «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieris al Padre en mi nombre, él os lo dé». (Juan 15:16) En Hechos 9:10-16 vemos cómo se declara el mismo principio cuando Dios escoge a Saulo de Tarso para cumplir una misión específica: dirigirse a un pueblo específico, en un tiempo específico de la historia para cumplir una tarea específica. Pablo atestigua que ese era su llamado: «Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles...» (Gálatas 1:15,16)

Estoy convencido que la perspectiva que uno tiene hacia su llamado afectará en gran manera su nivel de compromiso. Si yo simplemente me he hecho voluntario para ejecutar una tarea, tengo la opción de retirar mi ofrecimiento cuando la tarea se complica. Sin embargo, si yo he sido escogido y comisionado por el Dios del universo para cumplir una tarea específica, tengo el deber de cumplir mis obligaciones, cueste lo que cueste. El sentido de destino que uno adquiere con esta perspectiva da fuerza para los tiempos de prueba. Al tratar el tema del «Costo del Llamado Misionero», consideremos la vida de Pablo.

¿Quién escogió a Pablo?

Nuestro nivel de compromiso se relaciona en forma directa a la persona a quien servimos. Pablo entendía que era un instrumento de Dios. Cada vez que Pablo daba su testimonio, hacía énfasis sobre la experiencia que tuvo aquel día camino a Damasco y sobre el llamado que recibió de Dios. No existía ninguna duda para él con referencia

a quién lo había llamado, y esto se volvió la fuerza mayor que lo empujó a buscar nuevas fronteras para cumplir la misión. Quizás no exista duda alguna en nuestra mente de quién nos haya llamado, pero en ocasiones el concepto que tenemos de Él es inferior a lo que es Él realmente. A.J. Gordon declaró que dentro de la fuente de todo gran movimiento misionero de los siglos XVIII y XIX existía alguna forma del puritanismo; luego define eso como «misticismo» y «milennialismo». Estos términos simplemente significan que estos hombres cultivaron una vida interior y una mirada hacia arriba. Buscaban llenar del Espíritu Santo sus corazones, y añoraban la aparición del Hijo del Hombre.

¿Para qué fue escogido Pablo?

Pablo fue escogido para «llevar mi nombre en presencia de los gentiles». Esto suponía un llamado a la autonegación. Para la naciente iglesia de la época de Pablo no fue fácil superar las barreras culturales e incorporar a los gentiles dentro del cuerpo. Pablo mismo tenía un trasfondo de prejuicios y racismo.

Pablo también fue llamado «para llevar mi nombre en presencia... de reyes, y de los hijos de Israel». Esto suponía un llamado al rechazo. Seguramente nos habría interesado ministrar a la clase alta y a los religiosos de nuestro país, pero para Pablo el sufrimiento a manos de estos grupos fue incomparable. Cada vez que hablaba a reyes fue en cadenas y no existe evidencia de que alguno haya creído en su mensaje. Es de suma importancia que comprendamos que el único que puede dar poder para ser fuerte en medio de nuestra debilidad es Dios. Uno no se vuelve un siervo sufrido porque escoga hacerlo. Uno se vuelve un siervo escogido y sufrido de Dios cuando uno descubre que es un embajador escogido de Jesucristo y cobra fuerza en la declaración: «Fiel es el que os llama, el cual también lo hará». (1 Tesalonicenses 5:24)